



Metáforas al aire,
núm. 7, julio-diciembre, 2021.
pp. 130-133
ISSN: 2594-2700

Por aquí pasó la Revolución

César David Solano*

*Volver. Entre volver a verte, o no,
se va la vida misma.
Nuestras promesas se volverán
un intento de adivinar el futuro.
César Solano*

Hacia más de cuatro años que los zapatistas pasaron por aquel pueblo, ubicado en la tierra caliente de Guerrero, a orillas del Río Balsas y el Cutzamala, a sólo un puente de Michoacán. Entre aquellos hombres venía Juan Macedonio, el cual durante su estadía en Ciudad Altamirano conoció a María Beltrán, una hermosa joven del pueblo. Al mirarse ambos, casi por arte de Eros, quedaron prendados.

Durante los pocos días que estuvo Juan y el grupo zapatista en el pueblo, ocultándose de los federales, estos jóvenes se entregaron hasta lo imposible. María se había enamorado de ese hombre, y, como se estilaba en la época, ya se veía unida aquel por el resto de su vida. La idea de María estaba clara, estar con Juan el tiempo que Dios les permitiera y formar una gran familia, en amor y número.

Los días pasaban entre promesas. Enviada por su madre, todavía sin sospechar de lo que su hija mantenía con Juan, puntualmente María llevaba la comida a la casa donde se estaban quedando los revolucionarios. Aprovechando su diaria visita, ellos tenían pretexto para pasar tiempo juntos, imaginando el futuro que les esperaba. Todo hubiese sido perfecto, si no fuera por el hecho de que olvidaban que la estadía de Juan era sólo pasajera, pues pronto marcharían los zapatistas hacia Chilpancingo.

* **Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

Tres semanas después de su primer encuentro, el fatídico día irremediablemente llegó. El comandante a cargo del grupo informó que a la mañana siguiente partirían, pero no con rumbo a Chilpancingo, sino al puerto de Acapulco, con el fin de despistar al grupo federal. Como era de esperarse, la noticia le cayó como balde de agua helada a Juan, quien ya aguardaba la visita de María cuando llevara la comida. Desde temprana hora, se sentó en la puerta de la antigua casa, que les funcionaba de cuartel, a esperar su llegada, ansioso. Apenas ella dobló la esquina, hecha por las ruinas de una construcción de adobe, cuando él corrió a su encuentro. Juan le contó todos los planes del grupo y, aprovechando que los padres de María habían ido a Arceña, se fugaron rumbo al cerro.

Una vez pudiendo contemplar toda la ciudad, se detuvieron, como de costumbre, a planear la vida, a tejer adivinanzas disfrazadas de promesas. Habiéndose ambos tranquilizado un poco, se entregaron lo último que les quedaba. Se despidieron y lanzaron una última promesa al aire, la definitiva y más importante, volver a verse. Juan era un joven de convicciones e ideales, empeñado en devolver a su familia las tierras que habían sido arrebatadas de sus manos por un hacendado. Con esta postura, y a estas alturas de la lucha, la única que les quedaba a los jóvenes era que él marchara a seguir peleando y, una vez conseguido su objetivo o habiendo finalizado la revuelta, volver a buscarla. Juan le dio a María un beso en la frente y bajaron, sin saber si sí se volverían a ver. La cosa era que, por más voluntad que tuviera el joven, no se podía olvidar que marchaba a continuar con un conflicto armado, donde era muy probable que muriera a causa de un fusil o un machetazo, todo se reducía a un intento de adivinar el futuro, nada era seguro en el futuro.

Pasaron cuatro, cuatro muy largos y espinosos años desde que Juan se fue. Pocas semanas después, María se dio cuenta que estaba embarazada. Como se acostumbraba, y todavía se acostumbra en las zonas rurales del estado de Guerrero, fue señalada desde el momento en que se notó su embarazo. La primera persona en notar el embarazo desde luego fue su madre, a quien, casi obligada, María tuvo que confesarle todo. A los ojos de la gente, ella había quebrantado todo el honor familiar al ser madre soltera. En castigo por su falta, María tuvo que trabajar aún más en el mercado, donde junto con su madre y el resto de sus her-

Una vez pudiendo contemplar toda la ciudad, se detuvieron, como de costumbre, a planear la vida, a tejer adivinanzas disfrazadas de promesas.

manas vendían unos tamales que, hasta hace no mucho eran muy buscados y famosos en toda la zona guerrerense de tierra caliente.

Unos meses después nació Francisca. María había conseguido llegar a un acuerdo con sus padres, a quienes seguiría apoyando en el puesto de tamales y en la crianza de sus hermanos menores, pues ella era la mayor. A cambio de apoyar de lleno con las actividades, sus padres le ayudarían a la joven a seguir manteniéndose, además de que también apoyarían en poder proveer de lo necesario a la pequeña Francisca, quien tuvieron a bien registrar con sus apellidos, Beltrán Ramos.

Cada día, por ahí de las cuatro de la madrugada, María se levantaba a terminar de preparar la mezcla, que había dejado reposando la noche anterior. Posteriormente, envolvía las bolas de masa en la hoja seca de maíz para meterlas a la olla. Ya que estaban terminados, los echaba en una tina, la cual cargaba a la espalda y sostenía con la frente, para poder llevarlos al mercado a las seis en punto. Cerca de las nueve, con suerte, volvía a casa con la tina vacía, dinero y un poco de compras del mercado. Al llegar a casa, Pachita, como cariñosamente le llamaban a Francisca, estaba por despertar. Comenzaba a hacer la comida. Una vez listo el guisado y las tortillas a mano, servía a sus hermanas menores y a su hija. Acto seguido llevaba al campo los alimentos para su padre y hermanos. Así transcurrieron cuatro años de la vida de María, en los cuales ella no se olvidaba de aquella promesa que le había hecho Juan hace bastante tiempo.

Cierta vez, mientras estaba en el mercado vendiendo los tamales, un par de mujeres se ponían al tanto de las noticias del pueblo. María, que no pudo evitar oír la conversación, se sorprendió cuando, durante la charla, salió a colación el tema de que el general Emiliano Zapata había sido traicionado y asesinado en una hacienda de su natal Morelos. También se rumoraba que gran parte de su gente había sido tomada presa para ser utilizada en la leva durante los combates. Al escuchar la noticia, la joven, recogió su tina con tamales, todavía sin terminar de venderlos, y salió corriendo a casa. Llegó, puso la tina sobre la vieja mesa, y volvió a salir de forma veloz. Esta vez tomó camino hacia el cerro donde se vieron por última vez. La idea de que, probablemente, no volvería a ver a Juan comenzaba a devorarla por dentro, su pecho ardía, sus pies pesaban

y las lágrimas en sus ojos no paraban de salir. Ahora, sólo los recuerdos de aquel fugaz amor de pocas semanas quedaban, las palabras, las promesas y los sitios donde alguna vez existió algo.

En la soledad de aquel cerro por fin pudo soltar los gritos contenidos, no por unos minutos, sino por cuatro años. Junto con el aire de sus pulmones, salió toda esperanza de volverlo a ver. Cuando el dolor se volvió tan intenso que no la dejaba mantenerse de pie, oyó una voz detrás de ella, que la llamaba por su nombre. Al voltear, una borrosa silueta se dibujó en las pupilas de María. Allí estaba Juan, quien después de ver caer a Zapata de su alazán As de Oros, y con él su sueño de conseguir las tierras que le fueron arrebataadas a su familia, huyó a buscarla, pues consideraba que ya no le quedaba algo más en la vida porque seguir luchando en la revolución.

En la soledad de aquel cerro por fin pudo soltar los gritos contenidos, no por unos minutos, sino por cuatro años.